

Letras / Entrevista

Miguel Delibes, testimonio del lenguaje de Castilla

Juan Cruz Ruiz

Miguel Delibes tiene claro su disputado voto político y asume con una humildad exacta su conducta literaria. Una conversación con este señor Cayo de la urbe vallisoletana es un remanso campestre de paz en el que de vez en vez resuena el sonido respetuoso del disparo de sus ideas. No hay tracas alrededor de su figura esbelta y un poco ausente, disfrazada su mirada cálida tras unas gafas claras que resaltan sus ojos brillantes, los ojos de quien está acostumbrado a buscar entre los colores del monte el aire veloz de una perdiz. Pide té («yo tomo mucho té», dice, como si estuviera resumiendo una hora de la tarde) y se sienta de nuevo, acariciando sin descanso, pausadamente, unas manos largas, huesudas, las manos del que sólo escribe a mano, con pluma, encerrado en un rincón escueto, austero, de una casa en la que los recuerdos del pasado se confunden con el presente para señalar quién es el Delibes que nos habla.

Su último libro, *El disputado voto del señor Cayo*, ha aparecido, por casualidad, al tiempo que en este país surgen de nuevo las elecciones generales y parece que el personaje Cayo, y en general la temática de esta última novela, se pone de moda.

En algún lugar se le atribuyó a Delibes una pretensión sobre su obra: *El disputado voto del señor Cayo*, se afirmaba que él había dicho, era la primera novela de la democracia. «No recuerdo haber dicho una cosa así, al menos textualmente», nos corrige ahora Miguel Delibes. «Tal afirmación sería un poco tonta y petulante. Tal vez no me expliqué bien o me entendieron mal. En cualquier caso, pude querer decir que era la primera novela que escribía en régimen democrático y, por tanto, sin censura y sin autocensura. Desde luego, lo que no pretendí afirmar es que la novela fuese una novela política. En *El disputado voto del señor Cayo* existe, en efecto, un andamiaje político puramente formal, pero no tiene un contenido político y, menos aún, partidista.»

Testimonio

Miguel Delibes es el testimonio callado, aunque sobradamente productivo, desde el punto de vista de la creación literaria, de una generación acosada. A la llegada de la democracia, que él celebró a su manera con la escritura de este último libro, Miguel Delibes, académico respetado que prefiere la caza de una perdiz al bullicio de las sesiones solemnes, le vinieron las ofertas de adscripción política, a las que él reaccionó con un gesto tan decidido —un bufido, diría él, con ese lenguaje sereno con que acompaña el gesto de sus manos— que nadie ha vuelto a hacerle ahora tales honestas proposiciones.

Su vida es un testimonio, y quedará así, por lo que parece, hasta que se le oscurezca el sol de la Castilla que lo sustenta.

Su propio libro, el último, no es otra cosa que un nuevo testimonio.

En una entrevista reciente señaló que le-
(Pasa a pág. IV)



Miguel Hernández, dibujo de E. Pignon

Letras

Una incógnita desvelada: "El hombre acecha", de Miguel Hernández

Victor Ynfantes de Miguel

La obra poética de Miguel Hernández publicada en vida del autor está integrada por cuatro libros: *Perito en lunas*, Murcia, Sudeste, 1934; *El rayo que no cesa*, Madrid, Colección Héroe, 1936; *Viento del pueblo*, Valencia, Socorro Rojo Internacional, 1937, y una última obra, *El hombre acecha*, de la que, hasta el momento, no se conocía ejemplar alguno. Se sabía por algunos testimonios que en los primeros meses de 1939, en Valencia, en una imprenta situada en el número nueve de la calle de Avellanar, se estaban imprimiendo dos libros: *Cancio-*

nes de lucha, que recogía himnos y canciones del Ejército republicano, y *El hombre acecha*. La entrada en Valencia del Ejército nacional hacía suponer que estas obras correrían idéntica suerte que el número veintitrés de *Hora de España* —también en prensa en la misma ciudad—, o que las *Crónicas de Gerardo Rivera*, de Domenchina, que, en iguales circunstancias, fueron reducidas a pasta de papel. Sobre el estado de la edición algunos estudiosos, como Juan Guerrero Zamora (1955) y Dario Puccini (1966) la consideran, tan sólo, a falta de encuadernación; por su parte, Antonio Odriozola (1968) suponía que «se imprimió, pero no llegó a publicarse». Terminada la guerra, ya en 1960 se publican por la Editorial Losada, de Buenos Aires, las *Obras completas* del poeta; en ellas se incluye *El hombre acecha*, reconstruido sobre un índice conservado entre los papeles del poeta y una copia mecanografiada que

proporciona a la editora Leopoldo de Luis. Este autor, en compañía de Jorge Urrutia, ha publicado recientemente (Madrid, Cupsa, 1978) una cuidada y rigurosa edición crítica de *Cancionero y romancero de ausencias* y de *El hombre acecha*, en cuyo prólogo recoge nuevos datos, a través de los testimonios de Rafael Pérez Contel —responsable de la edición—, de Antonio Aparicio y Ramón de Garciasol, amigos del poeta, personas, todas ellas, que tuvieron acceso a los ejemplares. De este modo, tras una minuciosa investigación, ambos autores reconstruyen «con reservas de provisionalidad» aquella edición perdida. Parecía, pues, que nada podría añadirse fuera del hallazgo de un ejemplar, objetivo que ambos habían perseguido infructuosamente, ya que ni la propia familia del poeta había conseguido rescatarlo.

Trabajando en los riquísimos fondos de la biblioteca de Rodríguez Moñino, una feliz circunstancia ha traído a mis manos el motivo de tantas conjeturas bibliográficas: un ejemplar completo, encuadernado en rústica, de color grisáceo —a gusto del autor, que prefirió, por su austeridad, este diseño a los presentados por Eduardo Vicente y Pérez Contel—, de veintidós por dieciséis centímetros, una hoja y 72 páginas —cinco pliegos numerados—, en cuya cubierta se lee: «Miguel Hernández / *El hombre acecha* / Subsecretaría de Propaganda-Delegación Valencia / 1939.» El nombre del autor y el título se repiten en el lomo. Todo ello prueba que no nos encontramos ante unas galeras, sino ante una obra terminada de imprimir y dispuesta para su inmediata difusión. Consta, asimismo, en la página cuatro, que se imprimió en la Tipografía Moderna, Avellanar, número nueve, de Valencia, así como el registro de propiedad y la reserva de los derechos de autor.

Muy pocas variantes ofrece la obra primitiva frente al ejemplar reconstruido por Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Existe, sí, aparte de las correcciones, alguna diferencia de puntuación en los poemas: «Canción», páginas siete y ocho; «Llamo a los poetas», páginas 55-57, y «Madre España», páginas 67-69 (cito siempre por la edición original); alguna variante textual, tal es el caso de los poemas «El soldado y la nieve», páginas veintiuna y veintidós; «El hambre», páginas 35-38, y «Carta», páginas 43-46. Pero lo más importante, sin duda, es la existencia de un nuevo poema no incluido en la copia mecanografiada ni en el índice antes aludidos, ni, por tanto, en las *Obras completas*, de Losada, ni en las *Obras Poéticas Completas*, Madrid, Zero, 1976, ni en la edición de Cupsa, que comparamos. Así, pues, a los dieciocho poemas y a la dedicatoria a Pablo Neruda que los precede, hay que añadir uno muy extenso titulado «Los hombres viejos», páginas veintitres a veintinueve, que, en compañía de otros inéditos, era desconocido para la mayoría de la crítica y que, debido a su tono, no nos hubiéramos atrevido a incluir en *El hombre acecha*, llevados por una duda semejante a la que los editores abrigaban respecto al poema «Las cárceles». El hecho es que la edición original de «Los hombres viejos» aclara definitivamente la confusión creada por Marie Chevallier en torno al poema titulado «El hambre», del que la autora ofrece una versión que mezcla de forma incompleta, indiscriminada e incomprensible ambos poemas, como oportunamente se señala en nota a pie de página en la última edición.

El hallazgo de *El hombre acecha* supone el poder ordenar definitivamente la producción poética publicada en vida del autor. Próximamente se publicará un volumen de *Prosas poéticas*, rigurosamente inéditas. Esperamos que la bibliografía de Miguel Hernández siga enriqueciéndose con la exhumación de textos inéditos que permitan perfilar la figura de un poeta que puede darnos todavía muchas sorpresas.

SUMARIO

Libros «La España de la Celestina», por José María Díaz Borque. **Página II.** «La sencillez de un maestro», por Diego Martínez Torrón. **Página III.** «Miguel Delibes, testimonio del lenguaje de Castilla», entrevista por Juan Cruz Ruiz. **Páginas IV y V.** **Arte** «Claes Olden-burg: Mouse Museum y Ray Gun Wing», por Pedro Pastor. «Gritos y susurros en el Salón de Otoño», por Luis Racionero. **Página VI.** **Música** «El mundo celta de Alan Stivell», entrevista por José Manuel Costa. **Página VII.** **Teatro** «Notas en torno a "El proceso"», por Manuel Gutiérrez Aragón. **Página VIII.**